

Publicación DiGiTal

DIDASCALIA

DRAMATURGIA

NOSOTRAS SOMOS EL VIENTO

PATRICIA ORANTES CÓRDOVA



EDICIÓN 2024

LOS DEL
QUINTO PISO

N | **39**

Publicación DiGiTal

DIDASCALIA

DRAMATURGIA

El Texto incluido en esta edición fue escrito en 2024 en el Programa de formación en escritura dramática DIDASCALIA. Es propiedad intelectual de Patricia Orantes Córdova. Para montaje, representación o lectura pública comunicarse con la autora: pmv.orantes@gmail.com

DRAMATURGIA
DIDASCALIA
Publicación DiGiTal

NOSOTRAS SOMOS EL VIENTO

PATRICIA ORANTES CÓRDOVA

*A mis compañeras teatreras,
que trabajan para erradicar la violencia.*

A Miryam, mi madre.

A mi familia, siempre.

Personajes:

Abuela

Mujer deseada

Mujer perdida

Casilda

Alí Alá

Mensajero

Jefe medio

Voces

En La isla de los cuidados cae la noche.

Abuela: Vos dijiste que ibas a convencer a esa niña.

Mujer deseada: La encontré en el cerco de púas. La seguí. Tuve que taparle la boca porque sus gritos eran... Ya se bañó.

Mujer perdida: Tenemos que contarle.

Abuela: Ella sabe.

Mujer deseada: La sangre le llegaba a las rodillas.

Mujer perdida: Tiene derecho a saber.

Mujer deseada: Las primeras reglas son... ahorita se puso la ropa de Cayena.

Mujer perdida: La ropa de su madre.

Abuela: No hay tiempo. No puede vestirse así.

Mujer deseada: Las primeras sangres duelen.

La Abuela desdobra un pantalón y una camisa de hombre.

Mujer perdida: Lo peor es lo que no se dice.

Abuela: Esa niña habla demasiado y hay cosas peores, cosas que se dicen.

Mujer deseada: Casilda estaba enganchada en las púas y seguía gritando. Y entonces oímos unos pasos, luego una carrera y fue cuando yo le tapé la boca y nos quedamos quietas. Después se oyeron los camiones, como cuando vienen. Les juro que nada se movía, ni nosotras, ni las hojas de los árboles. Nos quedamos así horas o a saber cuánto porque el sol estaba fuerte y cuando nos movimos, ya no. Caminamos despacio y después corrimos. Su sangre ya estaba seca. Dejó tirado el gorro.

Abuela: Se convenció.

Casilda lleva un vestido más grande que su menuda talla, descalza, con el pelo muy corto, como recién cortado con descuido, y con un cuchillo en la mano.

Casilda: Cayena me enseñó que no se habla de la gente cuando no está.

Abuela: ¿Hace cuánto estás allí?

Casilda: ¿Dónde la enterraron?

Mujer perdida: ¿Qué pasó con tu pelo?

Casilda: ¿Qué pasó con mi mama? ¿Ustedes creen que yo soy tonta?
¿Ustedes creen que yo no veo, que no huelo, que no me doy
cuenta de las cosas que ustedes hacen y dicen?

Mujer deseada: ¿Cómo estás, Casilda?

Casilda: ¿Ustedes creen que hoy en la mañana no vi sus zapatos llenos
de lodo, sus huellas de lodo, sus uñas llenas de lodo?

Abuela: ¿Y vos creés que queremos hacerte mal?

Casilda: ¿Dónde la enterraron?

Abuela: Dámelo.

Mujer perdida: Como los animales que se mimetizan y nadie los mira,
nadie los huele.

Abuela: Cayena te enseñó que no se toma lo ajeno. Dámelo.

Casilda: ¿Lo ajeno? ¿Y no tomaron mi tierra, mi casa, mi río, mi vida?

Abuela: Nuestra tierra, nuestro río.

Casilda: Prefiero que se la coman los peces, prefiero que su cuerpo se
vaya en ese mar que también odio y no que alimente esta tierra
que odio más, este calor maldito, prefiero que no se vuelva
árbol de esta tierra maldita. Prefiero que se vuelva comida de
animales extraños que viajan lejos en las aguas. Prefiero que
esté limpia de lodo. La voy a desenterrar. ¿Por qué me sacó de
la montaña? Ya no la quiero... Sí, la quiero.

Abuela: Esta tierra es la misma, Casilda, la misma de tu río, de nuestro
río.

Mujer perdida: La tierra no es de nadie.

Abuela: La vida siempre sigue, Casilda. Es un ciclo. ¿De dónde vengo yo?
¿De dónde venimos todas? Mirame a los ojos. ¿Tengo que ver
yo con esos? Te vamos a contar por qué. No podíamos, no
debíamos despertarte.

Mujer perdida: Su cuerpo estaba...

Mujer deseada: Déjenla (*Pausa*). Casilda, no podemos llevarla al mar...

El cerco... esos hombres.

Casilda: Todos tenemos derecho de enterrar a nuestros muertos.

Mujer deseada: ¿Cómo se dice cuando se pierde un hijo?

Casilda: No lo sé. Lo que sé es que ahora soy huérfana. Chínguense todas.

Abuela: Vamos a rezar.

Mujer perdida: Recemos.

Casilda: No por ella. Ni por mí.

La Mujer perdida extiende unos dibujos que Casilda examina. Son fragmentos dibujados del cuerpo de su madre. Casilda no puede llorar, se le ha secado el llanto. La Mujer deseada intenta abrazarla y Casilda la rechaza. Le entrega el cuchillo a la Abuela, que lo limpia.

Pela papas.

Se escuchan las voces rugientes de hombres que dan órdenes, ultrajan, se carcajean lascivos, rompen botellas, borrachos, disparan al aire, triunfantes. Amenazan. Se imponen sobre algunas voces de mujeres suplicantes. Celebración con música. Estallido.

Mensajero: Esos parecen bestias con hambre.

Alí Alá: Parecen kaibiles. Como tu jefe.

Mensajero: Ya te dije que no es mi jefe.

Alí Alá: No parecen. Son.

Mensajero: ¿Te jodieron?

Silencio.

Mensajero: Se van a llevar a la chavita, si la encuentran. ¿Es chavita, verdad?

Alí Alá: No sé.

Mensajero: Avisales.

Alí Alá: ¿Por qué te importa?

Mensajero: Vos avisales.

Se escuchan, a lo lejos, las últimas bombas festivas. Las mujeres pelan papas, cocinan, tortean, lavan. Alí Alá irrumpe en su versión femenina, vestido de mujer.

Alí Alá: Son varios hombres. Ahora vienen otros distintos. Andan locos porque su cargamento pasó. Y traen a otras mujeres, todas sanas, todas jóvenes, de varios lugares. Dijeron que dentro de nueve días se las van a llevar. A todas. A todas las jóvenes. A usted, señora, a vos, Casilda, si te descubren. No podés andar escapándote. Alguien te vio en el cerco. *(Pausa)*. Tengo sed.

Casilda: Yo me voy.

Alí Alá: No podés.

Casilda: Me voy a escapar.

Alí Alá: Te van a oler, te van a seguir.

Casilda: Soy rápida.

Alí Alá: Allí están el cerco y el agua. Andan como perros. Te van a llevar. Te van a llevar. Se las pueden llevar. Se llevaron al nene de...

Pausa, silencio, tensión. La mujer deseada sale intempestivamente. Casilda recibe las ropas de hombre que la Mujer perdida le entrega. Se quita el vestido de su madre y se cambia.

Alí Alá saca el gorro que Casilda dejó perdido en el camino. En silencio, se lo entrega. Se miran profundamente.

En La isla de los cuidados, la Abuela, la Mujer deseada y la Mujer perdida lavan la ropa de La isla de los jefes. Tienden, doblan, enjabonan mientras protestan y elucubran. Cantan ad libitum.

Las tres mujeres: Vamos a secar el llanto.

y a maldecir.

Vamos a limpiar la tierra.

Hay que limpiar,

desenterrar a los muertos.

Hay que exhumar

de los caminos, de las veredas, de los olvidos.

Este país

es un cementerio

es una fosa.

Los cantos e invocaciones de las mujeres se escuchan a lo lejos en el lugar seguro, detrás de las letrinas, desde donde Alí Alá y Casilda los oyen.

Alí Alá: ¿Querés hacerlo? ¿Te vas a animar?

Casilda se quita el gorro, pateo la tierra, examina para cerciorarse de que no los ve nadie.

Casilda: No sé. Tengo... Siento algo aquí en el pecho, que no se va. Creo que tengo... miedo. Sí, tengo miedo. (*Observa el terreno de nuevo*). Aquí todo es tan verde.

Alí Alá: Aquí nadie nos oye. Nadie nos mira. Lo bueno de la mierda es que...

Casilda: Abona. ¿Estás seguro de que en las letrinas nadie nos oye?

Alí Alá: Seguro. Mira el muro de adobe.

Los cantos de las mujeres que lavan ahora se escuchan con claridad.

Las tres mujeres: Anden sus pasos.

Encuentren su casa.

Vamos a invitar a las muertas

para que sus gritos espanten las bestias.

Para que sus cantos nos llenen de fuerzas.

Y nos alegren, y nos alivien.

Y nos aligeren... el camino.

El andar.

Casilda: Pero nosotros sí las oímos.

Alí Alá: El sonido viaja.

Casilda: ¿Nos querrán decir algo con sus cantos?

Alí Alá: Ellas siempre nos quieren decir algo.

Casilda: Yo era valiente y ya no. Era normal y ahora soy fea. Tenía una mamita y ya no tengo nada. Soy fea, no crezco, parezco niño, parezco banano pinto.

Alí Alá: La varicela te salvó.

Casilda: Mejor no salvarse.

Alí Alá: A ver, te voy a arreglar un poco. *(Le lava la cara, le adorna el pelo con flores)*. El achiote es una gran cosa. Un poco en los cachetes, en la boca. Eso es. Te ves linda. ¿Te vas a animar? Hace tres días querías escaparte. Sola no se puede. Juntos tal vez...

Casilda: Tal vez, sí.

Alí Alá: Solo faltan seis días...

Casilda: Yo quiero irme, pero... Ahí viene. *(Casilda se limpia el achiote, se quita las flores y vuelve a ponerse el gorro)*. Un poco tarde.

El mensajero se acerca sigiloso y desconfiado. No puede evitar una sonrisa.

Alí Alá: ¡Qué pálido! ¿Qué te pasa?

El mensajero: Nada.

Alí Alá: Ustedes ya se conocen. Se conocieron en el cerco.

Casilda: Gracias por avisarle a él.

El mensajero: De nada. Alá me dijo que tal vez si usted se animaba, digo...si vos te animabas, nosotros tres podríamos...Un camión estaba lleno de...

Alí Alá machuca el pie de El mensajero para callarlo, lo mira con fiereza.

Alí Alá: La Abuela tiene razón: ya no hay tiempo.

Casilda: ¿De qué estaba lleno?

El Mensajero se saca algo de la camisa, resguardado en el pecho.

Casilda: ¿Qué tiene allí?

Mensajero: Te lo traje. Estaba solito en la madriguera.

Casilda y Alí Alá descubren a la cría de conejo que El mensajero entrega a Casilda con delicadeza.

Casilda: Tan pequeñito, a ver, tan peludo... ¡Y qué orejas! Es niña. ¡Qué bonita! ¡Qué chatía! ¡Se orinó! Está muy flaquita. A ver, mirame conejita: Cardamomo, tenés cara de cardamomo. Cardamomo de la montaña. Así te vas a llamar.

Los cantos de las mujeres suben de volumen.

Las tres mujeres: Y nos alegren, y nos alivien.

Y nos aligeren... el andar.

Luego se acallan. Hay un silencio largo. Detrás del muro de las letrinas asoma la Abuela.

Abuela: ¡Casilda! Casilda, vení. Te doy un minuto para venir. Y ustedes, regresen a La isla de los jefes. No nos pongan en riesgo. Regresen. Váyanse, patojos imprudentes. ¿O quieren que la descubran? Y hagan sho, si cualquiera les pregunta hagan sho. ¡Fuera! ¡Corran, jule, regresen que hoy nadie los llamó! Vamos, Casilda. ¿Y eso?

Casilda: Es Cardamomo de la montaña.

Los cantos de las mujeres se han vuelto ininteligibles y más luminosos, como el atardecer de ese día de verano. El sol se pone. Llega la noche oscura.

Casilda: ¡Cayena! (*Grita más fuerte*). ¡Cayena! No te vas, no te vas, no te vayás. No. Cayena: No puedo decirte... No puedo. Solo tu nombre. Así me sale ¿Por qué no puedo decirte...decir? No me sale de la boca ¿Dónde estás? Cayena, estoy sangrando (*Pausa*). Allí estás, quedate quieta. ¿Por qué tenés los ojos como grises, como en blanco? No me mirés así ¿Qué querés decirme? No te oigo. ¡Ayuda! Este lodo es horrible. ¿Por qué sube? Ya no tengo pies. Me voy a hundir en el lodo. No quiero irme con vos. No quiero dormir en el lodo. Mejor vamos al río. Cayena, mirá mis manos. Tengo... ¿Qué tienen mis dedos? Quitame los algodones llenos de sangre. Me cortaron los dedos. Soy muy pequeña para morir. Corré, Cayena, andate lejos que vienen

esos hombres. Virgen santa. *(Cae)*. Me caí. *(El sonido de un taladro sube de volumen y se transforma en viento que corre)*. Yo puedo, yo puedo, yo me levanto, ya voy, esperame. Yo puedo volar, respiro, me impulso, salto, voy para arriba...es tan suave elevarse, ¡cómo me levanto!, giro el cuerpo... me voy lejos. *(Flota)*. La casa... mi montaña... la casa... mi pueblo... ¡Qué bueno! ¡Qué bueno que volvimos a la casa! ¡Qué chulo estar aquí! Yo sabía que... que no estabas... Yo sabía que te iba a ver otra vez, ¿verdad que no te cortaron las manos ni los pechos? ¿Verdad que no? Era un mal sueño, era eso. *(Pausa)*. M, ma... ma, m a. Ma-má, mamá...Má. Te dije, mama, te digo, mama *(Ríe)*. Te estoy abrazando ¡Cómo me gusta tocar tu pelo antes de dormir! Y nos reímos... nos reímos... nos reímos. Yo te oigo, yo te hago caso. Yo escucho tu voz en mi cabeza y se me cierran los ojos... Yo sabía que no... estabas... yo sabía que... que siempre ibas a estar conmigo. Que nunca te ibas a...

El sonido del viento se ha llenado de cantos de pájaros de la mañana. El Mensajero sirve el café a Casilda y Alí Alá.

Alí Alá: ¿Eso te dijo?

Casilda: Sí, dijo que me fuera. Que tengo que irme de aquí. Pero era su voz adentro de mi cabeza. Yo estaba con ella, pero no hablaba, solo me abrazaba y a la vez estaba adentro de todo mi cuerpo.

Mensajero: Te visitó.

Casilda: Sí, tenía que decirme cosas.

Alí Alá: Dichosa vos que la tuviste.

Mensajero: La tenés. Está con vos.

Casilda: Sí. Creo que ya no tengo tanto miedo.

Alí Alá: Yo sí, siempre.

Casilda lo mira fijamente.

Casilda: Alí.

Alí Alá: ¿Sí?

Casilda: ¿A vos de niño te molestaban en tu pueblo?... ¿Tu mamá...?

Alí Alá: No tuve.

Casilda: ¿Y tu familia?

Alí Alá: Solo era mi abuela.

Casilda: Tu nombre...

Alí Alá: A saber. Ya lo olvidé. Mi abuela me decía que Alí era muchacha y Alá, muchacho. Que a veces nace uno como yo. Más muchacha que muchacho. Entonces en la comunidad era un Alí Alá. Ella me crió con mucha alegría. Era brava, pero cariñosa. Y era alegre, me consentía, me defendía. Ella me decía así: Alí Alá, muchacha muchacho. Creo que ese es mi verdadero nombre, los otros ya los olvidé.

Mensajero: ¿Y los otros chavos? ¿Y la gente?

Alí Alá: No sé. A veces se reían, pero era normal. Solo algunos... Creo que mi abuela prefería que yo fuera así. Nos llevábamos bien. Me regaló sus collares... Cuando murió me largué... y allí fue que me asaltaron y después... Sólo me queda este arete. Y lo demás no importa.

Casilda: Alí, vos también la tenés aquí y aquí... *(Breve pausa)*. Qué rápido tu corazón.

Alí Alá: Soy colibrí. No puedo estar preso.

Casilda: Yo me tengo que ir.

Alí Alá: No podemos esperar el plazo...

Mensajero: Yo también me quiero ir.

Casilda: ¿Por qué estás con ellos?

Mensajero: Se quedaron conmigo cuando yo era muy chiquito. Me robaron.

Casilda: ¿Cómo podemos confiar en vos?

Mensajero: No me digás eso.

Alí Alá: No le digás eso.

Mensajero: Yo no soy como ellos. Yo no soy así. Yo también quiero irme. Vámonos de aquí. Vámonos al norte...no, allí no se puede, allí están esos. Vámonos a... al sur, a donde nadie va. Yo puedo... yo podría... Casilda, no desconfiés de mí. No me digás cosas como esas. Yo toda mi vida me puse un chaleco, la piel se me volvió como cuero de danta para no dejarme, para no aprender nada de ellos. El otro año voy a ser mayor de edad, eso me dijeron porque... no sé ni cuándo nací, ni mi verdadero nombre. Yo soy lo que yo sé que soy. Y solo con ustedes el cuero de danta se abrió y me encontré... y los encontré...

El Mensajero, a punto de quebrarse, mira intensamente a sus amigos antes de salir corriendo. Corre y llora. Casilda y Alí Alá permanecen inmóviles. Alí Alá abraza a Casilda y se va tras El mensajero.

En el paraje donde se recoge la leña Alí Alá está mimetizado.

Jefe Medio: Véngase conmigo.

La Mujer deseada ruge.

Jefe Medio: Desde que la vi a usted no he podido pensar en otra cosa. Sus pechos se me clavaron aquí, aquí. Y usted lo sabe.

La Mujer deseada se traga las palabras, las profiere para adentro.

Jefe Medio: Ya no duermo, ya no puedo castigar a las mujeres que llegan porque no tengo cabeza, ni pulso para disparar.

Mujer deseada: Ojos de sapo.

Jefe Medio: Véngase.

Mujer deseada: Coche de monte.

Jefe Medio: Véngase conmigo.

Mujer deseada: Patas de chucho sarnoso.

Jefe Medio: Tengo casa.

Mujer deseada: Alacrán.

Jefe Medio: Véngase conmigo.

Mujer deseada: Manteca temblorosa, jefe de manteca.

Jefe Medio: Dicen que usted está loca, por eso se ha salvado estos últimos días. También por la mordida que le dio al jefe. En cinco días se cumplen los nueve días y estos no bromean. Véngase conmigo.

Mujer deseada: Cerdo.

Jefe Medio: Ya no se me para. Solo si pienso en usted. Ya no como ni chupo. Ya no duermo de pensar en que se la van a coger otra vez.

Mujer deseada: Hijo de puta.

Jefe Medio: ¿Cómo dijo?

Ella sigue murmurando.

Jefe Medio: No me importa si usted está loca. Vonós, vámonos al oriente donde nadie la conoce.

Mujer deseada: Pobres los animales.

Jefe Medio: Tengo dinero.

Mujer deseada: No hay insulto bueno para ustedes. Todo les queda chiquito.

Jefe Medio: Yo no soy como ellos.

Mujer deseada: Usted los sirve.

Jefe Medio: ¿Usted sabe por qué las mujeres no logran llegar ni a la frontera?

Mujer deseada: Usted es el sirviente armado.

Jefe Medio: Mire, me va a cansar... y cuando yo me canso... Míreme. ¿Usted cree que esto es de balde? Soy un hombre de fe.

Mujer deseada: Abróchese la camisa. Asco. *(Silencio)*. Usted se llevó a mi nene. Hace ya... *(Toca sus pechos, su corazón)*.

Pausa.

Jefe Medio: Yo no fui. De todas formas, la tengo que llevar a La isla de los jefes, a las seis. Y si no la llevo, yo pago el pato.

Mujer deseada: Yo sé que no me lo van a devolver.

Jefe Medio: Usted es muy joven. Puede tener otros hijos. Conmigo. Soy un hombre... trabajador.

Mujer deseada: La venda se me corrió de un ojo cuando me lo arrebataron. El hombre tenía colgada esa misma... esas manos cortas. Quiero vomitar. Voy a vomitar.

Jefe Medio: El jefe se volvió loco con su leche de mamá, de mamacita. ¿Usted sabe lo que es la zona profunda?

Mujer deseada: Yo... *(Su cuerpo flaquea)*.

Jefe Medio: Yo ya sé que el muchacho es muchacha. Tengo el ojo entrenado. Yo sé que la disfrazaron. Alí Alá es otra cosa, vaya que también es del gusto del jefe.

Mujer deseada: Usted es un cerdo. Es un coche blanco.

Jefe Medio: ¡Óigame! Ellos no se han dado cuenta de que ésta sí es patoja. Si usted se viene conmigo me callo la boca. Faltan pocos días para “la carne fresca” y todas las jóvenes se van a ir

shucas. La voy a denunciar si usted no viene. Y se la van a llevar. La van a estrenar ¿Cree que no me he fijado cómo usted lo cuida? Digo, cómo la cuida. A la chava. ¿Cómo se llama? La van a estrenar.

Mujer deseada: De todas formas, nos van a llevar. Yo no defendí a mi chiquitío. Se rindieron mis manos para no golpearlo. ¿Usted cree que algo me importa?

Jefe Medio: Usted puede salvarla. Véalo así. Sálvela.

Mujer deseada: *(Su cuerpo oscila, se contrae, se arquea. Recoge la leña que arreglaba. Se queda quieta).* Está bien. Solo voy por mis cosas. Está bien.

La Mujer deseada se aleja con la carga de leña en la cabeza, a cuestas, chineada como cría, arrastrada como castigo. El Jefe medio permanece quieto, oteando. Alí Alá se desliza sin ser visto.

En la cocina de La isla de los cuidados se preparan los banquetes para el día de La carne fresca, para los jefes.

Abuela: *(Escupe una olla gigante).* Que les aproveche. *(De un pequeño atado saca un polvo que vierte).* Una pizca, solo una pizca. Y bastante glutamato con todos los venenos de mi alma para ustedes, carroña eterna. Polvo de uña de vieja. Que todos sus órganos se les sequen, que la grasa de manteca de coche les tape todas las arterias.

Mujer perdida: Que les crezcan las barrigas fofas, que les tapen sus vergüenzas. Que se les encojan, disminuidas.

Abuela: Que se les multipliquen nuestras penas en sus cuerpos malditos.

Mujer perdida: Impotencia para sus deseos.

Abuela: No más descendencia. No la merecen.

Mujer perdida: Que los investiguen.

Abuela: ¿Quién? ¿Cómo?

Mujer perdida: Y en sus pesadillas, que recuerden a cada mujer con la cara de sus hijas. Y de sus madres.

Abuela: Eso, que sus hijas los descubran, pero antes, que todos los pelos de las orejas y la nariz se les salgan, que todos sus sentidos se sequen como chirivisco tieso. Que se les agarroten los órganos y los sentidos se atrofien. Que se queden sholcos y chimuelos. No se ría. Me gustó lo de la impotencia. Impotencia para ellos.

Las dos: Impotencia y flacidez, impotencia y flacidez
Impotencia, impotencia, impotencia.

Alí Alá en su fase de Alí llega, cojea, con el tobillo quebrado, llorando infinitamente, llora y las observa. Ellas lo interrogan con la mirada. Lo acarician, le dan de beber agua, lo miman. Por fin, logra articular las palabras con gran dificultad.

Alí Alá: Está muerta. Se colgó. Con el lazo de la leña. Se colgó del árbol de hule. Yo traté de alcanzarla, pero era más rápida que el venado. Se subió en el bulto de leña para llegar a la rama fuerte. Tenía la mirada en otra parte, muy lejana. A saber qué estaba viendo y no paraba de hablar. Yo no la escuchaba, pero era como si le hablara a un tierno y le cantaba mientras enganchaba el lazo a la rama. Tan hábil. Tan arrecha. Y yo tan torpe con los tacones, tropezándome, aunque los dejé tirados ya no logré llegar, se me dobló el tobillo en dos, se me dobló. Llegué y le grité, pero no me escuchaba. Y vi los estertores de sus piernas, tan bellas. Estaba cantando para su niño y también le hablaba a Casilda, le pidió perdón mientras se ponía la soga en el cuello. Todo a la velocidad de las sombras y de la

luz. Murió sonriendo. De sus pechos salió el alimento para su niño perdido. Se fue sonriendo.

Pausa.

Mujer perdida: Dios mío.

Abuela: Mijito...

Alí Alá: ¿Dónde está Casilda? ¿Dónde está? ¿Vino el mensajero? Seguro que anda con él. Me voy, para esconderla. Si viene el cerote ese, díganle que otra vez cayó enferma. O algo. Ustedes son buenas para inventar...

La Abuela y la Mujer perdida dejan flores para La Mujer deseada en el paraje del árbol de hule. Recogen sus atados de leña.

Abuela: Aquí seguimos. Vos ya estás en paz. Seguí el camino.

Las mujeres avanzan en silencio.

Mujer perdida: ¿Y es cierto que les va a pasar todo eso que dijimos?

Abuela: ¿A quiénes?

Mujer perdida: A todos los hombres... el conjuro que hicimos.

Abuela: Por favor...

Mujer perdida: Es que yo tengo... mi hijo... yo no quisiera que...

Abuela: ¡Por favor! No sea tan ingenua, era un desahogo. Pero quién quita. Solo para los malos. Tranquila.

Mujer perdida: Es que...

El Mensajero atraviesa corriendo como una flecha. Se detiene frente a las mujeres, jadeante.

Mensajero: Ahora nos... nos... van a llevar. Nos van a llevar allí a todos.
A todos los (*un ataque de hipo se convierte en tos*)... los hombres...

La Abuela lo golpea en la espalda. Se arranca un hilo rojo de la ropa, se lo pone en la boca y luego en el entrecejo. Con la mano en la frente del muchacho empuja su cabeza hacia atrás.

Abuela: Respirá.

Mujer perdida: Tranquilo. Despacio.

Abuela: Eso, así está mejor.

Mensajero: Tenemos que... que irnos a La Isla de los jefes. Todos los...
los hombres de todas las edades.

Mujer perdida: ¿Todos?

Mensajero: Ya no nos van a dejar salir. Ni venir...

Abuela: ¿Y Alí Alá dónde está?

Mensajero: Todos. También los adolescentes.

Abuela: ¡Casilda!...

Mensajero: Los dejé allá donde ustedes. Ya vengo.

Mujer perdida: No te vayás, no regresés.

Mensajero: Tengo que ir... si no van a venir a... a buscarnos a los tres...

Abuela: Déjelo.

*Las mujeres lo bendicen a su manera. El Mensajero sigue su camino.
Termina de caer otra noche.*

En La isla de los cuidados, Casilda duerme en la cocina, abrazada a la ropa de su madre y a Cardamomo de la montaña. La Abuela está afuera, recibiendo la luna creciente y mirando también hacia dentro de su vida.

Abuela: Fuera, maldito, ¡fuera! ¿Por qué no he podido sacarte de mi vida? ¿Por qué venís a los pensamientos y a las pesadillas de esta vieja que ya es más vieja que vos? Espero que tu espíritu esté bien muerto, diantre del averno. Me jodiste la vida, a mí y a todas las mujeres de la casa. Me jodiste mi vientre de niña. Tus besos eran una pesadilla. Yo no los quería, me daban asco. Me enfermaste y no te perdono. Te estoy sintiendo lejos. Hoy sí te estoy dejando ir. No te voy a dar el gusto de quedarte conmigo. Maldigo tus genes y me libero de ellos. Me río, me río, me río de vos. Maldigo a la mujer que cambiaste por mi mama. La maldigo por mala y por cruel. Maldigo los ejércitos de todos ustedes. Están condenados para siempre. Y oí esto: las que vienen se van a escapar de sus manos, los van a joder y con ellas hay otros distintos a ustedes. Ustedes se van a acabar, se van a apagar como el fuego sin el viento. Nosotras somos el viento y vamos a encender otros fuegos. Y vamos a...

La Mujer perdida llega, cabizbaja y etérea. Las dos hablan a la vez:

Mujer perdida: ¿Con quién está hablando?

Abuela: ¿Y usted dónde estaba?

Mujer perdida: ¿Con quién está hablando?

Abuela: ¿Y usted dónde estaba?

La Mujer perdida se tapa la cara, llena de vergüenza.

Abuela: ¿Qué pasa?

Mujer perdida: Estaba borracho, así vive desde que ella... se ahorcó. Me llevó a donde sus jefes. Dijeron que tal vez uno de ellos... que tal vez sí era mi hijo, por lo de la oreja cortada, como el pintor.

Sí, el pintor. *(Pausa)*. Les pido perdón a ustedes, pero yo tenía que averiguar... es mi hijo. Tengo un hacha en el corazón. Mi hijo, el que vendió la casa familiar, el que acabó con todo, la bala perdida, la oveja negra. Pero es mi hijo... y fue un bebé precioso. Precioso, mi niño dorado. Y mire en lo que se convirtió. Ya no lo voy a buscar, ya no lo voy a seguir por estos caminos que no me han llevado a ninguna parte. Renuncio, renuncio a todo. Dijeron que tal vez él sí estaba con ellos. Yo lo sospechaba, por su carácter, por su dureza... ¡Ay, Dios mío!, ¿qué estoy diciendo? *(Pausa)*. Nunca se volvió a comunicar. ¿Cómo se llama cuando una madre pierde un hijo?

Abuela: Tal vez no es él, no les crea, mienten para hacer daño.

Mujer perdida: Tal vez, ¿verdad?

Abuela: ¿Y usted dijo algo? ¿Delató a la niña? Míreme. ¿La delató?

Mujer perdida: No, ¿cómo cree?

Hay un silencio largo, se escuchan los sonidos de la noche. Entran a La cocina de los cuidados.

Abuela: ¿Y los muchachos?

Mujer perdida: Allí están, terminando de arreglar sus cosas. Era mi hijo.

¿Se da cuenta? Es mi hijo.

Alí Alá camina con esfuerzo llevando un palo como si fuera un bastón. El Mensajero entra presuroso. Casilda se ha levantado desorientada e inquieta. Se arregla la ropa de hombre que lleva puesta, recoge su pequeño bulto.

Abuela: Bueno, llegó la hora. ¿Cortaste bien los alambres del cerco?

Mensajero: Todo está listo.

Alí Alá: Mi corazón va a la velocidad de la luz sin sombras. *(La Abuela lo abraza, le frota el pecho, le cuelga algo en el cuello).* Abuela, mi otra abuela.

La Mujer perdida saca de su pecho un pañuelo y desenvuelve algo.

Mujer perdida: Esta pulsera y este collar son las últimas joyas de mi familia, lo último que quedó. Son sencillas, pero con cariño. Que les sirvan.

Casilda: Guárdelas para usted.

Mujer perdida: Yo ya no tengo caminos.

Mensajero: Vamos que no hay tiempo.

Alí Alá: ¡Ay!

Casilda: ¿Te duele mucho?

Alí Alá se contrae del dolor. Casilda y El Mensajero, a la vez, tienen el impulso de arreglarle la venda del tobillo. Ella deja que él lo haga. Va al rincón a buscar a Cardamomo de la montaña.

Mensajero: Vamos.

La Abuela abre los brazos en donde los tres se refugian. Los besa, los mira, los suelta. La Mujer perdida abraza a cada uno. Le cuelga algo en el cuello a Casilda.

Casilda: Gracias por salvarnos. Abuelas. *(Casilda le entrega a Cardamomo de la montaña a la Mujer perdida).* Cuidela, por favor.

Los tres jóvenes se van, Alí Alá en medio, es ayudado por sus amigos. Hay un silencio largo, como si todo se tornara frío, congelado...

Mujer perdida: ¿Y nosotras? ¿Qué hacemos? ¿Qué nos toca?

Abuela: Esperar a otras. Y cuidarlas.

Mujer perdida: ¿Y si ellos nos matan? ¿Y si se ensañan con nosotras?

Abuela: No van a hacerlo. Todavía les servimos.

Mujer perdida: ¿Y cuando ya no?

Abuela: Por ahora somos útiles a otras, eso es lo que importa, no es a ellos. Cuando ya no, tal vez nuestros conjuros se cumplan, tal vez hagamos algo... algo más grande... tal vez, cuando tengamos otras armas podamos... Por ahora, aquí estamos.

Mujer perdida: Sí, por ahora aquí seguimos. Aisladas entre estos cercos, entre las púas que nos separan de otras islas de muerte. A nosotras nos toca cuidar...Sí.

En los caminos hacia el sur, los tres jóvenes avanzan.

Alí Alá: Bajame, si querés bajame que yo aguanto.

Mensajero: Yo también, tranquilo, mano.

El Mensajero reacomoda a Alí Alá en su espalda.

Alí Alá: Gracias, manito.

Mensajero: No hay de qué. Hoy por ti, mañana por mí.

Alí Alá: Los animales se ayudan, se juntan en manada.

Mensajero: Los de una misma especie tal vez.

Alí Alá: Como nosotros.

Mensajero: Hoy por ti, mañana...

Alí Alá: ¿Será que nosotros tenemos un mañana?

Mensajero: Siempre hay algún mañana. Con nosotros, o para otros.

Alí Alá: ¿Será que nos vamos a salvar?

Mensajero: Ya nos salvamos.

Alí Alá: ¿Sí, verdad?

Mensajero: Por lo menos de ser como ellos. Tal vez.

El Mensajero se tropieza y los dos caen. Casilda regresa corriendo, cargada con la mochila.

Casilda: ¿Están bien?

Mensajero: Todo bien.

Alí Alá: Todo bien, jefa.

Casilda: No me digás así. Yo no quiero mandar a nadie. A ver, aquí está el agua. Tomen un poco. Y acuérdense bien: somos estudiantes. Yo soy el hermano pequeño. Soy tímido y hablo poco. Tengo siempre este gesto ¿Qué tal? A ver si nos creen. A ver si nos paran. Arréglense el pelo que sus cabezas parecen nidos de conejo.

Alí Alá: ¿Y no que no mandabas?

Casilda: ¡Alá!

Mensajero: Alain. Y yo, Maynor.

Casilda: Soy Juanito. Mucho gusto. Ya en serio. Te voy a curar, Alain, ya toca. Aguantate. Portate fuerte como los árboles.

Alí Alá: Fuerte como las piedras.

Mensajero: Pensá en la vida que nos espera.

Pausa.

Alí Alá: Tengo miedo.

Mensajero: Dame la mochila, Casilda. Me toca.

Casilda: Despacio, Alá. Dame el brazo.

Alí Alá: Bueno.

Casilda: Ya va a amanecer. Caminemos.

Tiempo. Silencio. Cantos de pájaros, chicharras que gritan hasta fundirse con voces. Se escuchan las palabras rugientes de hombres que dan órdenes. Camiones veloces y pesados. Un helicóptero sobrevuela la zona. Desde un megáfono, las voces del Jefe Medio y de otros, inundan la frontera.

Jefe medio: Por su seguridad necesitamos que regresen.

Otra voz: Si no, se irán al Centro de procesamiento.

Jefe medio: Tendrán consecuencias significativas.

Otra voz: Pasar la frontera en desorden no es la forma correcta.

Otras voces: No tienen visa.

Jefe medio: No tienen papeles.

Otra voz: Regresen o tendrán castigos de por vida.

Voces: Estos van para el norte. No tienen visa.

Voces: No tienen papeles.

Jefe medio: Castigos de por vida.

Voz: Inconscientes. ¿Por qué traen niños?

Jefe medio: ¿Quién los manda? Esto está arreglado.

Voces: Ilegales. Los papeles. Las visas. Los papeles. Los niños. Castigo de por vida. Regresen. Parecen animales sucios. Regresen a sus casas. Dejan basura por donde pasan.

Jefe medio: Sepárense. Sepárense. Las mujeres, por aquí. Las mujeres y las niñas por aquí.

Voz: Por su seguridad necesitamos que regresen.

Pausa.

Jefe medio: *(Grita desde el megáfono).* Yo a vos te conozco, chavita. A vos te hablo, la del gorro. ¡Eh, allá! La que está del otro lado. Vos, chavita. Los otros dos también. *(Grita más fuerte).* ¡Chavita! Vos, vos mano. Los tres. ¡Shirley!

Pausa.

Casilda: ¡Es él otra vez!

Alí Alá: Son ellos. ¡Shirley! Así me decían.

Mensajero: ¿Qué hacemos?

Casilda: Me dijo chavita. Es él.

Alí Alá: ¿Qué hacemos?

Casilda: Ahora caminá rápido.

Mensajero: Nos está mirando y da órdenes.

Alí Alá: Se toca el arma y la saca.

Casilda: La lleva en la mano y nos apunta.

Mensajero: Ahora todos los policías le obedecen. Conozco esos movimientos. Agachate, Alí.

Alí Alá: Se toca el sexo y lo acomoda. Conozco ese movimiento.

Casilda: Algo los distrae, pero vienen para acá. Vamos, más rápido.

Los tres caminan lo más rápido que pueden.

Mensajero: ¿Qué hacemos?

Intentan una carrera descompuesta y torpe.

Casilda: ¿Separarnos?

Alí Alá: Yo no puedo.

Mensajero: Sí podés.

Alí Alá: ¡Es él otra vez!

Casilda: ¡Es él!

Mensajero: Su voz enferma.

Alí Alá: Su mano asesina.

Casilda: ¡Me dijo chavita!

Mensajero: ¡El peor de todos para torturar!

Alí Alá: ¡Me dijo Shirley!

Mensajero: ¡Vámonos!

Casilda: ¿Por qué está en la frontera?

Alí Alá: ¡Odio ese nombre!

Casilda: ¿¡Por qué no nos dejan en paz!?

Mensajero: No griten, por favor, no gasten esa energía.

Casilda: ¡Allí vienen!

Mensajero: ¡Hagamos sho y corramos!

Casilda: ¡Corramos!

Tira la mochila.

Alí Alá: Mi tobillo.

Mensajero: No es grave.

Alí Alá: Yo no sobrevivo solo.

Mensajero: Con permiso, Alí. *(Se lo echa a cuestras)*. Más rápido.

Casilda: Es más fácil que nos agarren juntos.

Alí Alá: No quiero volver con ellos.

Mensajero: No vamos a volver.

Casilda: Está bien. Voy con vos.

Mensajero: *(Se detiene)*. Mejor conmigo.

Casilda: ¿Qué?

Mensajero: Venite conmigo.

Casilda: ¿Cómo decís?

Mensajero: Conmigo estás más segura.

Casilda: ¿Segura en qué?

Alí Alá se zafa y cae, se sienta. El Mensajero intenta levantarlo.

Alí Alá: Yo aquí me quedo.

Casilda: Vamos, Alí. Levantate.

Alí Alá: Vos la tenés peor, Casilda.

Casilda: No.

Alí Alá: Yo ya estoy choteado.

Mensajero: Los ruidos se acercan.

Casilda: ¿Por qué me dijiste eso?

Mensajero: No sé, por nada. Levantate, Alá. Vamos...

Se escuchan tres disparos y el motor de un carro que se acerca.

Casilda: ¿Vos crees que yo soy tan mierda para dejarlo solo?

Mensajero: No, perdón. Yo... Sus garras aferradas a las armas.

Casilda: Dejarlo solo... irme con vos.

Mensajero: Yo solo...

Casilda: Todos son iguales. Levantate, Alí, están aquí.

Mensajero: Vamos... Orejas cortadas, dedos cortados.

Arrastra a Alí Alá que se opone con fiereza.

Alí Alá: Sus ojos inyectados en sangre.

Casilda: Sus pisadas.

Alí Alá: Ya están cerca. Déjenme ¡Lárguense! Andate. Volá, volá, Casilda.

Lárguense, ya no quiero verlos.

Casilda: Alí.

Alí Alá: Nosotros ya estamos maleados, vos no.

Casilda: Sus jadeos en el monte.

El mensajero: Vámonos los tres.

Alí Alá: Andate, Casilda. Volá.

Casilda emprende una carrera dificultosa que se aligera. Cada uno toma un camino, hasta el anochecer.

Dos años después, en La isla de los cuidados, la Abuela y la Mujer perdida lavan y peinan a otra mujer joven, recién llegada, que tiembla y llora. Se escucha el llanto de un bebé.

Al mismo tiempo, Casilda, como si hubiera pasado un siglo por ella, da su declaración a la prensa, a los representantes de la ley y a las instituciones que resguardan a las menores.

Casilda: Esa fue la última vez que vi a Alí Alá. Hasta que la foto de su cuerpo muerto anduvo por todas partes. Alí era bueno. *(Pausa)*. Al muchacho mensajero se lo habían robado de bebé. Le robaron su vida. Pobrecito, mi amigo. Nunca llegó al pueblo donde habíamos quedado de juntarnos, creo que también lo mataron... A saber... a saber cuántas mamás se quedaron sin sus hijos... Yo no sé, no sé cuántas mujeres estaban en ese lugar que es solo de paso... de paso. Esas islas rodeadas de alambres de púas que no son islas en el agua. Nosotros no tenemos islas. Son campamentos. Son cárceles de... Esas islas Yo no voy a volver a decir las cosas que les hacen allí. *(Retadora)*. Además, ¿de qué sirven mis palabras? ¿Para qué sirve que yo les diga cómo eran, si ustedes ya lo saben? ¿Quieren que les vuelva a contar cómo destrozaron a mi mamá? ¿Cómo ya no vi su cuerpo... y no pude... enterrarla?

¿Cuántas veces más? ¿Quiéren verme llorar otra vez? No me van a ver. Nadie... nadie merece nuestro llanto. No lo voy a hacer. No quiero, no voy a decirlo. Todo el mundo sabe lo que pasa en esos lugares y nadie hace nada. Nadie. ¿O acaso... acaso los sicarios no tienen familia? ¿Acaso los jefes no van a la iglesia, al supermercado, a sus fiestas? ¿Acaso no se reúnen entre ellos para decidir por todos nosotros? Los pobres... les servimos. Y ustedes... ustedes persiguen a los sicarios y a veces los encuentran... ¿Y los que dan las órdenes? ¿Y los dueños de los nuevos ejércitos? ¿Quién manda en las islas cercadas donde quedó mi mamá? Yo solo quiero decir que no me voy a ir a ninguna institución... No me voy a ir. Miren las cosas que pasan en esos lugares de menores... no quiero... ahí quemaron a las niñas. Yo lo vi en las noticias. Es como en Las islas. Si yo he sobrevivido hasta ahora, puedo seguir así. En las carreteras, en la ciudad, o en las calles. Nadie se había ocupado de nosotros tres, nunca. Nunca. Mi mamá, solo mi mamá... y las abuelas de la isla, ellas, tal vez. *(Recorre a los presentes con la mirada en largo paneo)*. Si ustedes y sus jefes no son los mismos, si no son del mismo bando, vayan a donde tienen que ir y acaben con ellos. ¿O son de los mismos? ¿O los defienden debajo de sus discursos correctos? *(Pausa larga)*. Yo ya no soy una niña, ya no... A nosotras, las mujeres, solo nos queda seguir. Salvarnos y seguir. Nosotras somos el viento.

Las cámaras de los reporteros amplifican el rostro inmóvil de Casilda. Se escucha el sonido de los obturadores que se funden con las chicharras y los grillos en La isla de los cuidados. La Mujer perdida vela el sueño de la joven recién llegada. La Abuela recibe la luz de la luna creciente que la

baña despacio y que se desplaza, lentamente, hasta cubrir a Casilda, y a un conejo recién nacido que ella acaricia con suavidad.

Patricia Orantes Córdova



Teatrera guatemalteca. Maestra en Teatro y Artes Escénicas en la UNIR. Desde 1981 ha participado como actriz invitada en varios grupos, actuando en obras del repertorio clásico, contemporáneo y de creación propia. Co-fundadora de Rayuela Teatro Independiente en 1998. Facilitadora y docente de talleres y cursos en diversas comunidades y universidades. Es socia fundadora del colectivo *Las poderosas*. Co-fundadora del *Proyecto de actrices y actores centroamericanos Lagartija*. Ha dirigido a varios grupos independientes. Dirigió desde su fundación en 2011 hasta 2019 el *Laboratorio teatral* de la *Universidad Rafael Landívar* en donde se crearon colectivamente más de una docena de obras. Ha participado como actriz en algunos cortos y largometrajes guatemaltecos, entre ellos: *El silencio de Neto*, *Gasolina*, *Separación de bienes* y *Los gigantes no existen*. Considera la formación como algo indispensable en su camino.

Nosotras somos el viento

Patricia Orantes Córdova, 2024

Primera edición (Digital)

Los Del Quinto Piso Editores

San Salvador, El Salvador, 2025

América Central

Edición: Jorgelina Cerritos

Revisión de texto: Jorgelina Cerritos

Diagramación: Víctor Candray

Publicación digital: <https://www.jorgelinacerritos.com/>



18 años de Teatro